*Discurso de recepción a cargo del
académico Dr. Eduardo Martíre*

Se reúne la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas con un doble motivo. Se incorpora a esta corporación como miembro correspondiente en Tucumán el doctor Carlos Alberto Páez de la Torre y por su intermedio la Academia tributa homenaje al escritor ilustre, Paul Groussac, al cumplirse este año el centenario y medio de su nacimiento. Es sin duda un doble homenaje al talento.

Al incorporar a Páez de la Torre reconocemos en su rica y brillante personalidad los signos inequívocos del talento, puesto al servicio de la cultura nacional desde su tierra tucumana. Y qué singular satisfacción que sea este talentoso tucumano quien se ocupe de honrar en nombre de todos al maestro ilustre, *paradigma del talento*, que fue precisamente en suelo tucumano donde, usando sus propias palabras, ese “mocito francés, súbitamente zambullido en un ambiente tan extraño al suyo, logró en pocos años asimilarse íntimamente a él por la lengua, los hábitos, el conocimiento de las cosas y antecedentes locales, en un grado que supongo haya sido rara vez igualado”. En ese Tucumán, prohijado por Nicolás Avellaneda y por otros amigos que reconocieron en él de inmediato sus valores superiores, iniciará Groussac su marcha a pie en medio de quienes lo harían en carro triunfal, y a quienes dedicó esos inigualables medallones en *Los que pasaban*. Pero unos y otros eran, como a él gustaba llamarlos, “*transeúntes nel mezzo del cammino di nostra vita*”.

Pero de Groussac nos hablará Páez de la Torre, yo trataré de cumplir en la medida de mis modestas fuerzas la grata tarea

impuesta por la tradición académica de presentar al nuevo miembro.

Páez de la Torre nació hace algo más de cincuenta años en la ciudad de Buenos Aires, pero es tucumano de ley. En esa maravillosa provincia cursó sus primeros estudios y allí mismo obtuvo su título de abogado cuando no había cumplido veinticinco años.

Allí constituyó un hogar maravilloso, allí realiza su labor historiográfica y periodística.

Bien tempranamente la historia lo atrapó para no darle respiro y hacer que esa vocación absorbente se volcase en obras de su nuevo prosélito de singular valía, entre las que se destaca su *Historia de Tucumán*, complementada con una reciente *Historia Ilustrada de Tucumán*, *El derrumbe de la Confederación* (en la colección Memorial de la Patria), la *Vida de Alfredo Guzmán*, o ese delicioso librito sobre el tucumano Gabriel Iturri y sus vinculaciones con Proust: *El canciller de las flores*. No hace mucho la biografía de Lola Mora, compuesta en colaboración con Celia Terán, ha sido una novedad agotada en pocos días de las librerías de nuestra ciudad. Estos pocos títulos mencionados en forma sólo indicativa, son la punta del iceberg de su copiosa producción que resultaría tedioso siquiera enumerar en este acto. Pero debo destacar que en sus trabajos e investigaciones hay una figura que lo atrae con la fuerza y el entusiasmo de quien encuentra en esa personalidad descollante las señales del "maestro": Paul Groussac. Más de una docena de trabajos están dedicados al escritor franco argentino. Investigaciones originales, estudios de su vida y su obra, hasta la publicación de una breve autobiografía del maestro. Podemos decir que así como en su tiempo hubo quienes se ocuparon de Groussac con la seriedad y el afecto que merecía tan singular personalidad (el recuerdo de Lafèrrere es inevitable), hoy es Páez de la Torre quien más conoce al personaje, su vida, su obra y su tiempo. Sabemos que trabaja incansablemente en una biografía de Groussac; que ha hurgado en archivos y colecciones documentales, que es depositario de papeles y apuntes, que ha borroneado muchas cuartillas. Esperamos esa obra con la ansiedad que siente la tierra yerma por la lluvia vivificante.

Carlos Páez de la Torre ha sido distinguido por su obra y sus calidades por varias instituciones prestigiosas. Es miembro de número de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán, miembro correspondiente en Tucumán de la Academia Nacional de la Historia, de la Junta Provincial de Historia de Córdoba, de la Junta Provincial de Historia de Catamarca y del Instituto de Estudios de la Organización Nacional. Es asimismo miembro titular del Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho de Buenos Aires.

Su labor periodística con la que alterna su vocación histórica le ha valido el Premio Nacional de Periodismo de la Fundación Siam Di Tella, Círculo de la Prensa de Buenos Aires en 1966 y ese mismo año Mención especial de la Asociación de Empresas Periodísticas Argentinas (ADEPA) a la Producción 1966. Fue becado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos para cumplir un viaje de estudios a ese país. En 1994 obtuvo el Premio Santa Clara de Asís otorgado por la columna semanal "Apenas ayer" del diario "La Gaceta" de Tucumán.

Su actuación pública se inicia siendo estudiante, a los 22 años, como Consejero estudiantil en el Consejo Directivo de su Facultad de Derecho de Tucumán. Fue Secretario y Director de la Dirección de Cultura de la Provincia, Delegado de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos, Vocal Director del Departamento de Medios Audiovisuales del Consejo de Difusión Cultural de Tucumán. Con la pericia del entendido ha dirigido durante largos años el Archivo Histórico de Tucumán, dejando allí el ejemplo de una labor tesonera y desinteresada.

No quiero alargar esta presentación porque todos queremos escuchar a Páez de la Torre, pero la vida y obra del nuevo académico es capaz de cubrir una extensa y nutrida exposición.

Diré para cerrar estas palabras, que la corporación que hoy lo recibe por mi intermedio espera mucho del nuevo miembro correspondiente, porque conoce su talento, su capacidad y su enjundia. Sabe que su vocación por la historia no lo aparta del presente, que vive intensamente, y al que aplica el conocimiento del pasado, de ese pasado del que ha extraído las mejores tradiciones, la experiencia para vivir el hoy y el mañana,

con la elegancia, la firmeza y la hombría de bien que todos reconocemos en nuestro amigo.

Sabe Carlos Páez de la Torre que “La historia -usando palabras de Jean D’Ormesson- es una continuidad; es también una impaciencia. Mira hacia el mañana, así como mira hacia el ayer. Mirando al porvenir tanto como hacia el pasado las tradiciones son como las mujeres, están hechas para respetarlas y reñirlas, están hechas para que el recuerdo sea sólo el prefacio de la esperanza”. Bienvenido a esta casa, que desde hoy es también la tuya.

PAUL GROUSSAC (1848-1929): LOS PRIMEROS VEINTIDÓS AÑOS

Por el DR. CARLOS A. PÁEZ DE LA TORRE (h)

Palabras preliminares

Agradezco de todo corazón a la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, el haberme distinguido trayéndome a sus filas, como miembro correspondiente por la provincia de Tucumán. Es una designación que me honra profundamente y que, por cierto, excede con largueza mis méritos que, con tanta generosidad, ha querido ver en mí la distinguida corporación.

Alguien dijo que los “lugares comunes” del lenguaje son tales, precisamente, porque resumen, de una manera inevitable y perfecta, la esencia de lo que queremos decir. En ese sentido, la escueta expresión “muchas gracias” será un lugar común; pero no por eso deja de traducir, mejor que ninguna otra y como irremplazable síntesis, lo que quiero decir en este momento.

Sólo puedo asegurar que arrimaré todo mi esfuerzo para llenar el honor que la Academia acaba de conferirme.

Al mismo tiempo, debo expresar mi no menos honda gratitud al señor académico de número, doctor Eduardo Martiré, quien dando una nueva prueba de afecto y buena voluntad hacia mi persona, ha pronunciado ese discurso de presentación que acabo de escuchar con emoción.

* * *

Si la Ciencia Política tiene, entre sus propósitos, lograr que la actividad pública sirva eficazmente a ese ideal máximo de toda sociedad civilizada que es el bien común, sin duda hay un lugar en ella para el estudio de la vida de aquellos hombres y mujeres cuya labor constituyó una flecha tendida en tan alta dirección.

Seguro de esa pertinencia, he considerado que dedicar a Paul Grossauc esta disertación no me colocaba, de modo alguno, fuera de las finalidades de esta distinguida corporación.

Lo hace oportuno el hecho de ser éste el año sesquicentenario del nacimiento del historiador, crítico y literato franco-argentino. Una fecha que las instituciones culturales del país no han recordado como correspondería, con la solitaria y honrosa salvedad del Archivo General de la Nación, editor de una obra antológica sobre el maestro. Hemos sido, una vez más, ingratos con nuestros grandes hombres.

Recordaré, para empezar, y muy brevemente, los imprescindibles datos biográficos. Nació Groussac en Toulouse, Haute Garonne, el 15 de febrero de 1848. Luego de concluir sus estudios de liceo y aprobar el arduo ingreso a la Escuela Naval de Brest, hizo un viaje que terminó *-locuras juveniles-* en París y prácticamente sin un peso. Demasiado orgulloso para volver en tal situación a su casa, tomó el primer vapor que salía rumbo a Buenos Aires.

Desembarcó aquí en 1866, sin dinero, sin conocidos y sin saber el idioma. Trabajó en una estancia, hasta que pudo volver a la ciudad. Estudió y se formó sin descanso, y tuvo la suerte de tener buenos amigos que lo irían sacando de la penumbra. El ministro Nicolás Avellaneda le dio el primer envión, al conseguirle una cátedra secundaria en Tucumán; viviría allí casi doce años enseñando, escribiendo en los diarios, dirigiendo la Escuela Normal, o recorriendo a caballo las provincias como comisionado nacional de enseñanza. Fue la época en que formó su hogar con doña Cornelia Beltrán, lo que lo arraigaría definitivamente a esta tierra.

En 1883, realizó el primero de su media docena de viajes de vuelta a Europa. Al regresar, nombrado Inspector General de Enseñanza, se radicaría en Buenos Aires. Fue director del diario "Sud América" y de "Le Courrier Français", y en 1885 asumió la

conducción de la Biblioteca Nacional, que desempeñaría hasta el fin de su vida, que llegó el 27 de junio de 1929. Su tarea intelectual pública se inicia el 15 de enero de 1871 (fecha en que publicó, gracias a la insistencia de Pedro Goyena, su primer artículo en castellano en "La Revista Argentina") y no se detendría hasta su muerte, a pesar de que debió sufrir la tortura de la ceguera los cuatro años finales.

Sería obvio dar la lista de sus libros, e imposible la de sus deliciosos artículos. Jorge Luis Borges le ha reconocido una tarea de renovador de la prosa castellana a fines del siglo XIX y comienzos del que está concluyendo, y uno de los pocos que abordó la historia argentina sin superstición. Fue, dice Borges, "un gran argentino, un humanista con su mucho de latín y su algo de griego, un devoto de Shakespeare y de Lucrecio, un historiador imparcial para quienes los próceres eran falibles hombres de carne y hueso y no respetados mitos incómodos o meras estatuas de bronce; un hispanista que profesó, como otros franceses, el no correspondido amor a España, un crítico dotado de casi infinita curiosidad y del hábito del análisis, un viajero conocedor del pasado de cada una de las tierras que visitaba, una inteligencia irónica y desvelada, teñida de amargura, un civilizador, como Sarmiento".

Como cuerpo de mi disertación de esta tarde, he recortado, de esa larga vida, vibrante de pasión intelectual, el pedazo que estimo menos conocido, por menos investigado. Me refiero al Groussac desde la niñez hasta que empezaba la década de sus veinte años; es decir, desde los días de Toulouse hasta que el ministro Nicolás Avellaneda, en 1871, gracias a aquel artículo de "La Revista Argentina", pide conocerlo y lo nombra profesor en Tucumán.

En los archivos del Conseil Général Haute Garonne, se guarda el acta de nacimiento de François Groussac, venido al mundo en Toulouse a las 4 de la madrugada del 15 de febrero de 1848, en la Rue Riquet 96: "hijo de Pierre Groussac, *charpentier*, y de Catherine Piquemal, casados, domiciliados en la misma casa". La voz *charpentier* significa, como bien lo precisa el Larousse, "contratista de armaduras", esto es un empresario de carpintería de obras, mientras lo que nosotros llamamos "carpintero" es el *menuisier*. El padre denuncia el nacimiento

ante el Oficial Público del Registro de Estado Civil, adjunto al alcalde de Toulouse¹.

De que este François es nuestro Paul Groussac no puede haber dudas. La *Notice biographique* que él mismo redactó, en tercera persona y en francés, en 1924 (y que después tradujo), empieza proporcionando su nombre completo y fecha de nacimiento: “Groussac, Francisco Pablo, escritor francés e hispanoamericano, nacido en Toulouse (Haute Garonne) el 15 de febrero de 1848...”². No he visto en otra parte que recordara ese primer nombre: sin duda el segundo le fue agregado en el bautismo, y por alguna razón se convirtió en el único que usaría, como suele ser frecuente.

Nacía el niño en tiempos convulsos para Francia. En París, nueve días más tarde, y entre tumultos y barricadas, caería estrepitosamente Luis Felipe, con su Monarquía de Julio y su ministro Guizot: peripecias que habrían de conducir, sucesivamente, a la II República y al II Imperio.

No he podido obtener referencias sobre los antecedentes de la familia Groussac en Toulouse. Tengo sólo una mención de Julio Noé quien, sin precisar su fuente, afirma que el escritor, de niño, oía “el relato sobre la muerte trágica de su bisabuelo Pierre Groussac, asesinado por los realistas cerca de Burdeos, y el de las aventuras de su abuelo, soldado del Emperador en la desastrosa campaña de Rusia...”³.

¹ Cfr. copia de la partida de nacimiento, certificada por la Cour d’Appel de Toulouse el 8/VI/1995, en mi poder. Agradezco la gentileza del embajador Luis Clarasó de la Vega.

² *Notice biographique*, en: Archivo General de la Nación, Archivo Groussac (en adelante, se cita: AGN, AG), Legajo 3. Está en francés y es una copia mecanografiada, con el título y la anotación “Copie au charbon”, manuscritos ambos por Groussac. Publiqué ese texto, traducido al castellano sin mención del autor de esa versión, por gentileza de la señora Elena Groussac y el doctor Marcos Giménez Zapiola, como allí hice constar, en: Carlos Páez de la Torre (h), *Una autobiografía inédita de Groussac*, “La Gaceta”, Suplemento Literario, Tucumán, 20/V/1973. A ese texto me refiero cada vez que cito la *Notice*.

³ Julio Noé, *La lección de Groussac*, en *Centenario de Groussac, 1848, 14 (sic) de febrero. 1948*, Bs. As., 1949, p. 47. Sin duda la fecha 14 yerra por un día. El 15 no sólo consta en el acta de nacimiento y la *Notice*, sino en la “Noticia preliminar” de Alfonso de Laferrère a *Páginas de Groussac*, Bs. As., 1928 editado en vida del maestro, de quien Laferrère fue dilecto amigo.

Según su fiel amigo de Tucumán, José R. Fierro, la familia de Groussac era muy corta: tenía solamente una hermana mujer⁴. Hace unos años se publicó una interesante fotografía del frente de su casa natal de tres plantas en Toulouse⁵. Parece ser -dentro de lo relativo de estas inducciones- la vivienda de un grupo familiar cuya economía no estaba por debajo de lo decoroso. En sus recreaciones de la niñez, Groussac parece dar a entender que, en cuanto a recursos, se movían en una razonable medianía, tan lejos de la riqueza como de la necesidad.

Eran los Groussac devotos católicos y consecuentes admiradores del padre Henri Lacordaire (1802-1861). En 1854, el célebre dominico anduvo por Toulouse y pronunció conferencias en la catedral de Saint Etienne. “Tengo un vaguísimo recuerdo de haber sido llevado a una de estas funciones de mi ciudad natal, pues San Esteban era nuestra parroquia; pero, pocos años después, iba a serme dado verle más de cerca y conservar imborrable memoria de su contacto”, escribe Groussac⁶. Apunto que esta mención sería el más remoto dato autobiográfico de su infancia.

Entre las incógnitas que me he planteado respecto de los primeros años del maestro, una es la de los establecimientos donde se educó. En la *Notice biographique* se limita a decir que “comenzó en su ciudad natal estudios clásicos, más bien irregulares e incompletos”. Precisa en otro momento que ellos se desarrollaron íntegramente en el Liceo de Toulouse, salvo un intervalo en Sorèze, como veremos⁷. Pero en otra ocasión apunta que, en 1859, año en que vio llegar a Toulouse a los prisioneros austríacos de Magenta, “era yo alumno primario de una escuela anexa al gran colegio de los jesuitas”, de la cual saldría para ir a Sorèze⁸.

⁴ José R. Fierro, *El señor Paul Groussac (Reminiscencias)*, en “La Gaceta”, Tucumán, 15/II/1928.

⁵ La foto se publicó en: Cornelia Groussac, *Groussac íntimo*, en: “La Nación”, Bs. As., 11/XII/1955.

⁶ Paul Groussac, *Crítica Literaria*, Bs. As., 1924, p. 223.

⁷ *Ibidem*, pp. 224-225.

⁸ “Notas semanales. Pascua sangrienta”: en “El País”, Bs. As., 14/IV/1900. Recorte en “Album pour collections, N° 2”, f. 43, en AGN, AG, Leg. 7.

Este último dato se encuentra en el relato *Pascua sangrienta*⁹ que, por lo demás, tiene saliente interés para situar al chico en aquellos años. “Cierro los ojos -escribe- y no sólo reaparecen en la visión mental la sala de estudio y el patio de juego, sino las figuras de tres o cuatro compañeros, con sus detalles y accidentes, el rostro apacible y triste del maestro joven con su sotana lustrosa en los codos, y hasta la cabeza enorme del portero, viejo aldeano del Gorona, de facciones huesudas y enjutas, como maceradas en la fortificación y obediencia, de aspecto más jesuítico que toda la comunidad”.

No logro encajar al tal colegio en esta parte de la historia escolar de Groussac. Salvo que su educación haya transcurrido primero en el Liceo, un breve tiempo en este colegio, luego Sorèze y finalmente regreso al Liceo; y que ese segundo destino fuera tan breve, que no consideró necesario mentarlo fuera del relato que me ocupa.

Sea como fuere, *Pascua sangrienta* resulta imprescindible como testimonio de la niñez de Groussac, y debo detenerme en él por un rato. El colegio era un “externado elemental”, de disciplina nada severa. Los chicos jugaban animadamente “en el amplio *preau*, tan sueltos y alegres como las alamedas vecinas, a la salida de la tarde”. Groussac asienta un juicio benévolo sobre los jesuitas, que puede contrastarse con el furibundo libelo que les dedicaría en 1873, en su libro editado en Tucumán. En *Pascua sangrienta* dice que “los padres eran buenos, se reían con nosotros, y creo que los liberalotes exgeran un poco la acción compresiva, por no decir más, de su tutela. Luego, el niño es como el pájaro, que lo mismo canta en la jaula que al aire libre”.

A Groussac le parecía que el verdadero despotismo estaba en sus compañeros, “casi todos mayores que yo y harto dispuestos a enseñarme la ley brutal de la vida”. A renglón seguido nos revela su carácter de niño, al comentar que, “además, era un poco aparte, si bien no detestado ni perseguido”.

Sucedió que a principios del invierno llegó al colegio un alumno nuevo, de “cuerpo desmedrado” y “carita pálida”. Se llamaba Samuel. Le dijeron que era judío e hijo de un platero

⁹ *Ibidem*.

semianalfabeto que tenía su puesto “en una casita aislada, sobre el canal del Mediodía, cerca de la avenida Lafayette”.

Sigue el relato. *¡Toma!* Exclamó Toulouse-Lautrec, dirigiéndose a mí (era nuestro cacique, no por lo noble sino por lo fortacho y peleador). *Vive por nuestro barrio. ¿Lo conoces tú?* Groussac conocía de vista al platero y relojero: lo apodaban “el tío Salvador”. Pero Toulouse-Lautrec no se limitó a estas averiguaciones. Dando testimonio de la innata crueldad infantil -y también del antisemitismo, tan en boga dentro de su país y su clase en la época- procedió a escupir la camisa del chico, cuando formaban fila para entrar al aula.

Para Samuel, fue el comienzo de una serie interminable de torturas y vejámenes. A través de ellos, Groussac aprendería para siempre lo que eran capaces de hacer los colegiales complotados, “y cómo no existe tribu africana más desalmada y cruel con el cautivo de una tribu enemiga, que una banda de niños felices atraillados contra un condiscípulo indefenso”. A la verdad, no se explicaba la razón por la cual el “tío salvador” había querido que su Samuel se educara en el colegio jesuita, “mezclado con los hijos de la nobleza católica más infatuada de Francia y Navarra”.

A lo largo del proceso de humillación física y psicológica que desde entonces se desencadenó sobre el desdichado Samuel, Groussac no se comportó de modo muy diferente a sus compañeros, reconoce; pero por lo menos no se ensañó. Explica: “me había criado en una atmósfera de catolicismo fervoroso y, por el lado de mi madre, casi místico: mi alma infantil no conocía el aborrecimiento, pero se mantenía insensible y como cerrada ante el dolor de los enemigos de Cristo, y actores de la Pasión, cuyo drama me estremecía...”.

Una tarde de mucho frío, regresaba el niño Groussac a su casa. El ruido de un acceso de tos le hizo girar la cabeza hacia un bando de la avenida Lafayette. Divisó allí a Samuel, “jadeante, casi sofocado por el ataque”¹⁰. Salía “un silbido de su pobre pecho enfermo”. El chico tenía miedo de morir y Groussac se compadeció. Se sentó a su lado, conversaron y logró poco a poco que se calmara. Samuel empezó a soltarse y hablar. Contó su

¹⁰ “de disnea”, dice un agregado manuscrito de Groussac al margen.

vida de *sepharadim*. Había viajado con los suyos por “comarcas extrañas cuyos nombres había yo visto en el mapa”. Hizo chistes. Atropelladamente, quiso enseñarle una cábala: daba suerte en el juego, si se la repetía tres veces.

“Al *midrás* voy como niño
A *meldar* la ley de Dios
Con tres ramitos de ruda
Y este *gaouk* de varón
Yo he cardado mi oquita,
Malahim, hiladla vos”¹¹.

Tanto la repitió, que a Groussac se le grabaría para siempre. Y se separó de Samuel no sin prometerle silencio sobre el encuentro. ¡Promesa de niño! Al día siguiente lo contó, en la casa y en la escuela. Pero su relato tuvo el curioso efecto de que dejaran de molestar a su compañero, durante un tiempo.

Hasta entonces, el invierno iba transcurriendo bastante benigno. Pero, una mañana, Toulouse amaneció íntegramente nevado. En el colegio, los chicos salieron encantados a jugar en la nieve. Salvo Samuel, quien quiso quedarse en el cuarto de estudios; arguyó que había tosido toda la noche. Pero Groussac insistió hasta que fueron, juntos, a mezclarse en el juego general. Rato después, Samuel era arrastrado hasta el otro bando, para convertirse en blanco de las bolas de nieve que se arrojaban los estudiantes. Aturdido, terminó cayendo en un hondo agujero recién cavado. De allí lo extrajeron los celadores, llamados por el aterrorizado Groussac. Lo llevaron, semiinconsciente, hasta la casa de los padres. Groussac pasó una pésima noche. “Al día siguiente me levanté, pero fue para suplicar a mi madre que me sacase de ese colegio... Acaso algo ocurriera por allá que coincidía con mi pedido, pues fui mandado a Sorèze todavía en tiempo para ver de cerca al buen padre Lacordaire”, recordaría¹². Dejemos para después su nuevo colegio, Groussac supo que el

¹¹ “Midrás” es la recordación de los muertos, que se hace al cumplir el mes; “meldar” significa leer, y “malahim” es ángel. Agradezco a la profesora Elisa Cohen de Chervonaugura esta traducción de las expresiones sefaradies del texto.

¹² La frase que sigue a los puntos suspensivos fue añadida con letra de Groussac al recorte, tachando la impresa “fui mandado a Sorèze con el buen Lacordaire”.

chico había muerto de una neumonía “complicada con ataque cerebral ¡Pobre Samuelito!”.

Regresó a Toulouse para las vacaciones de Pascua. Las ceremonias de la Semana Santa -de las que lo dispensaba su edad- lo dejaron con tiempo sobrado para vagar por las calles. Años después recordaría que la zona de su casa “era entonces un barrio nuevo, lleno de huecos, de jardines, de recursos y hallazgos para nuestra infancia un tanto suelta y vagabunda”¹³.

En uno de esos recorridos, se encontró con Salvador, el padre del amigo muerto. Hablaron largamente de Samuelito. Luego pasaron a otros temas. “Padre Salvador ¿cómo son esos *Tefilin* que tiene usted en la casa?”, inquirió Groussac. El viejo le pidió que lo acompañase: le mostraría los *tefilin* y además quería hacerle un regalo.

Llegaron a la casa. Salvador desplegó ante sus ojos toda clase de tesoros de relojero y platero. Además, eligió un reloj y se lo obsequió. Se sucedió una tocante escena. Mirándolo con ternura, Salvador le dijo: “*¡oh, si fueras mi hijo para reemplazar al que perdí! Dime, ¿volverás a verme? ¿Querrás ser mi Benoni, el hijo de mi dolor?*”¹⁴. Groussac recordaría que “era tan dulce su voz, tan cariñosamente tímida su mirada llena de lágrimas, que le eché los brazos al cuello para llorar con él”.

En ese momento, pareció que reventaba la puerta de la habitación. Irrumpió un tumulto de gente enfurecida y vociferante. Groussac se sintió aferrado por unos brazos. Era su madre, quien “repetía con extravío: ‘*¡A tiempo te salvé de ese bandido!*’, mientras retumbaban los gritos: ‘*¡Al agua, el judío asesino! ¡Al canal!*’”. Al niño le pareció divisar “una jauría tras un viejo que huía con la frente ensangrentada y los vestidos hechos jirones”.

Fue inútil que, en la apurada caminata de regreso a casa, tratara de explicar a su madre que Salvador era “un hombre bueno”. Cuando mostró, como prueba, el reloj que le había regalado, ello lo tiró por el puente. Groussac supo después que Salvador había sido arrestado durante tres o cuatro días, y que

¹³ Paul Groussac, *Impresiones*, en: “El Diario”, Bs. As., 1/VI/1883.

¹⁴ “Ben-oni”, significa, en sefaradí, “hijo de mi pena”. Reitero el agradecimiento de nota 11.

finalmente lo intimaron a dejar la ciudad. Nunca volvió a saber de él.

Para terminar, digamos que no sólo la señora Groussac se negó a creer en su historia. Cuando, ya hombre hecho y derecho afincado en la Argentina, regresó a Toulouse de visita, asistió a una comida familiar. “A los postres, uno de los cinco o seis sobrinos que habían brotado en mi ausencia, se dirigió a mí en medio del silencio general: *-Oh, tío, por favor, refiéranos usted lo que tantas veces nos han contado en el colegio, y cómo pudo salvarse de ce vilain juif qui allait vous égorger...*”.

Ya que hemos hablado de la madre de Groussac, digamos que por esta época debió producirse su muerte: en la *Notice biographique* nos informa que la perdió “a los diez años”, edad que tenía entre febrero de 1858 y febrero de 1859. Puesto que en la Semana Santa de 1859 -abril- la señora estaba viva y lo “rescataba”, los años que el niño contaba entonces debieron ser once recién cumplidos, para que encaje la cronología (o habría que retrasar un año el episodio de Samuelito).

Sea por el truculento suceso estudiantil, como quiere *Pascua sangrienta*, o por unas “jaquecas tenaces” que lo persiguieron en el invierno de 1859 (época de acuerdo con las respectivas fuentes, del colegio jesuita o del Liceo de Toulouse cursando la “sexta”), el hecho es que Groussac fue enviado ese año a la casa de su abuela materna, que vivía en Sorèze, a unos 70 kilómetros, en el departamento del Tarn.

Dos semanas más tarde, se hallaba “más sano y listo que un cabrito”, aunque sin ningún apuro por volver. En sus vagabundeos, solía pasar frente al monumental colegio de los Dominicos, que dirigía el padre Henri Lacordaire y desde donde irradiaba su alto prestigio de orador y hombre de Dios. Groussac se había cruzado en la calle, varias veces, con *El Padre*, como todos le decían. Y, como todos, se había quitado respetuosamente la gorra a su paso. Ante los ojos del niño, este dominico de 57 años aparecía como un “monje anciano y absorto, cuyo aspecto todo blanco -del hábito de lana al rostro muy pálido- me infundía un respetuoso temor”¹⁵.

¹⁵ Groussac, *Crítica...*, cit., p. 224-225.

Cierto día, de visita con su abuela en una casa amiga, se encontró con Lacordaire. Afablemente, *El Padre* lo miró con interés: dándole una palmadita en la mejilla, dijo a la abuela que *ce petit homme* estaba sano “y no debería perder su tiempo. Mándemelo al colegio hasta su vuelta a Toulouse”. Eso a tiempo que disipaba “con una sonrisa”, las dudas de la buena señora respecto a cómo afrontar el costo de aquel “colegio de lujo”. Así Paul Groussac fue, durante un trimestre, alumno de Sorèze, en carácter de “externo libre, no matriculado”.

Toda la etapa merecería un *intermezzo* personal, en las páginas que Groussac dedica a Lacordaire a propósito del romanticismo francés, conferencias de 1920 en la Universidad de Buenos Aires, que compilaría en su *Crítica literaria*, editado cuatro años después.

Por ellas sabemos que, durante ese trimestre de 1859 en Sorèze, anudó una fugaz amistad con Etienne Lamy “el futuro académico y admirable escritor, muerto durante la ‘primera’ guerra”. Pero, sobre todo, quedaron grabadas en su mente -como las rememoraría vívidamente, seis décadas más tarde- las impresiones de “aquellos meses primaverales, bajo el cielo resplandeciente del Languedoc, con sus estudios tan alegres como sus recreos en los patios sombreados, y las excursiones a la Montaña Negra o al dique de Saint-Férreol; todos aquellos cuadros de alegría, cuyo centro ocupa invariablemente la figura de nuestro Padre...”¹⁶.

De acuerdo con su remembranza, los alumnos valoraban, como una gran distinción, confesarse con Lacordaire: “confesiones blancas, sin absolución, y que él terminaba con una breve y afectuosa plática, en su celda sentado en una silla y el niño arrodillado en un taburete”. Groussac llegó a contarse “en los favorecidos con la ‘frecuente confesión’ sin perjuicio de recibir una que otra peluca. Yo no era de mala conducta, pero sí algo insubordinado (¡ya!). Un día, que había reincidido en mi *péché mignon*, el confesor me despidió con un tirón de orejas, llamándome *mauvaise tête* pero agregando algo que, a convertírseme en substancia, pudiera injertar en el pecado venial de la obediencia, el capital de la vanidad...”¹⁷.

¹⁶ *Ibidem*, p. 225.

¹⁷ *Ibidem*, p. 226.

Las tardes de domingo, “todos los alumnos, ‘cuellos azules y cuellos rojos’, según era el distintivo, nos reuníamos en el salón de fiestas, donde el padre Lacordaire pronunciaba una alocución. Recuerdo una, sobre ‘la amistad y el amor’, cuyo tema tan poco infantil conmovió mis once años. La voz, algo velada y sin timbre, no era ya la que retumbara en las catedrales; sin embargo, por momentos volvía a vibrar, agregando el encanto de la admirable dicción al de las cosas dichas”.

Ocurrió que cierta vez, “se apareció en el estrado, al lado del Padre, un señor sesentón que estaba de huésped hacía un par de días, y sabíamos era un hermano suyo, naturalista y viajero. Se puso a contarnos episodios de sus viajes por Sud América: cazas al tigre sobre el Oyapock y el Alto Paraná; costumbres de los indios pampas y araucanos, etcétera. Aunque poco entendíamos de esa geografía, nos interesaban vivamente los tales relatos, hechos con la fuerte sencillez del testigo y actor. Yo, por mi parte, lo seguía embebecido, cual si previera que algunas regiones descritas me serían un día más familiares que las natales...”¹⁸.

Este hermano del Padre era Théodore Lacordaire (1801-1870), cuya aventurera vida de científico lo había llevado a la Argentina décadas antes de su aparición en el colegio de Sorèze. Estaba en Córdoba en 1829 huésped de la familia Vélez cuando la invasión de Quiroga, y fue espectador de la batalla de La Tablada: se ocupó de ella en un artículo de la “Revue des Deux Mondes”, que Sarmiento elogia en el *Facundo*¹⁹.

La memoria de los Lacordaire sería recurrente en Groussac. En un artículo de “Le Courrier de la Plata”, sobre los viajeros franceses, volvería a las reminiscencias infantiles de Sorèze. Le parecía ver pasar otra vez, “en la avenida de plátanos del colegio, un viejo seco con el pelo gris, dando familiarmente el brazo a nuestro Padre”. Los chicos rumoreaban que este hermano visitante, constantemente a la pesca de ejemplares para su colección, “tenía siempre un bombón en el bolsillo, para quien le

¹⁸ *Ibidem*, p. 226-227.

¹⁹ *Ibidem*, p. 227 y nota donde, entre otras cosas, Groussac cita su artículo *Córdoba en 1829. Entre Paz y Quiroga*, “La Prensa”, Bs.As. 9/X/1921.

trajera, de los paseos a la Montaña Negra, alguna ‘bestia’ viviente, en un cucurucho de papel...”²⁰.

Terminó el trimestre y Groussac volvió a Toulouse. Hay un recuerdo más de la niñez en páginas que escribiera en la Argentina. Narraba que en 1861, cuando murió prematuramente el mariscal Bosquet (1810-1861), el nombre de este destacado militar de las guerras de Italia era popularísimo en Toulouse, aun entre Groussac y sus amigos de diez o doce años. Se contaba entre éstos el vivaracho Niel, hijo del mariscal de ese apellido a quien veían pasar ceñudo al frente de sus tropas, en las paradas de los domingos por “las avenidas Lafayette, o Luis Napoleón como se llamaban entonces”.

Y bien, en un paseo de jueves a la “Colonia”, uno de los mayores se puso a hablar del recién difunto Bosquet. “Había nevado y terminábamos, divididos en dos campos, una gran batalla a golpes de bolas de nieve, sobre esa misma colina que domina Toulouse y donde el mariscal Soult, el *primer maniobrista de Europa*, libró con Wellington, el 10 de abril de 1814, el último combate de esa memorable campaña de retiradas que había comenzado en Portugal²¹. El pequeño Niel, que había *pescado* en su casa, y luego, en voz baja a causa de nosotros, los más pequeños, añadió: *Ustedes saben, su herida fue en duelo por una mujer*. Y esto me quedó para siempre. A través de mis lecturas de capa y espada, Bosquet se mezclaba para mí con los invencibles mosqueteros; y yo estaba agradecido a este D’Artagnan moderno de haber muerto por el amor de Milady...”²².

²⁰ Paul Groussac, *Voyageurs français en la Argentine*, en “Le Courrier de la Plata”, recorte sin fecha, “Album N° 4”, en: AGN, AG, Leg. 7. Traducción mía.

²¹ Mencionará también esta batalla para reforzar su alegato contra los jesuitas. Cfr. Paul Groussac, *Los jesuitas en Tucumán (1873)*, Montevideo, 1946, p. 68.

²² Paul Groussac, *Le maréchal Bosquet*, en “Le Courrier Français” (en adelante se cita LCF), Bs.As. 24/XI/1894, Album *Paul Groussac. Le Courrier Français. La vie politique*, f. 124, en: AGN, AG, Leg.8. Traducción mía. Escribió la nota a propósito de la inauguración de la estatua de Bosquet en Pau. Hay crónica y fotografía de ese acto en: “La Revue Encyclopedique”, París, 1-XI-1894, p. 364.

Por lo demás, se advierte que la gallarda figura del mariscal quedó aleteando por siempre en la mente de Groussac. En el cuento *El hogar desierto*, aparece una “señora Bosquet”, que “tenía una veneración de aldeana por la gente importante, y la familia Bosquet estaba emparentada -como lo decía el apellido- con el ilustre mariscal...”²³.

Los años siguieron corriendo. Sabemos que, en cierto momento de la infancia, salió de Toulouse para pasar “algunos meses” en París²⁴.

Cuando terminaron los estudios en el Liceo de Toulouse, Paul Groussac empezó a prepararse para rendir el ingreso a la Escuela Naval de Brest. También hay pistas autobiográficas para esa etapa. Su “cuento de Navidad” *Un sale type*²⁵ evoca las bromas estudiantiles de que era víctima un “maestro de estudios” llamado Poumarède. El narrador sitúa su anécdota en cierto establecimiento que no identifica sino por la inicial: lo llama *bahut A*, y por Julio Noé sabemos que se trataba de la Institución Assiot. *Bahuts* (baúles) era el nombre con que se conocía, según Groussac lo explicará en otra parte, los “institutos complementarios de estudios clásicos”, a los que concurrían “alumnos de todas partes”, sin más requisito que haber “cursado retórica en un colegio nacional o en un liceo cualquiera”²⁶.

Allí “*empollaba* -cómodamente- el examen para la Escuela Naval”. Además de la preparación ordinaria para los dos bachilleratos, Assiot “tenía la especialidad de las escuelas; éramos allí una docena de antiguos alumnos del Liceo”. Como futuros estudiantes de la Academia Militar de Saint Cyr, o la Escuela Naval, “teníamos una sala de estudios aparte, y despreciábamos un poco a los simples aspirantes al bachillerato, sobre todo los letrados”.

La disciplina, sin ser relajada, era lo suficientemente elástica. “Todos los domingos, los internos tenían permiso para el teatro, que aprovechaban, generalmente, para ir a *piquer un*

²³ Paul Groussac, *Relatos argentinos*, Madrid, 1922, 2a. ed., p. 216.

²⁴ Paul Groussac, *El viaje intelectual. Impresiones de naturaleza y arte. Segunda serie*, Bs.As., 1920, p. 59.

²⁵ Paul Groussac, *Souvenir de Noël. Un sale type*, en: LCF, Bs.As., 24 y 25-XII-1894, Álbum *Periódicos y recortes periodísticos*, en AGN, AG, Leg. 6. Traducción mía.

²⁶ Noé, *La lección...*, cit, p. 68; Groussac, *Los jesuitas...* cit, p. 76 y nota.

chahut al Chateau-des-Flers, sobre el boulevard. Se volvía a la medianoche, con la cabeza llena de visiones delirantes, y los más exaltados perdían el día siguiente elaborando largas cartas sentimentales -a quién dirigidas, ay!- que los externos expedían...”²⁷.

De los tiempos de la Institución Assiot exhumaría años después -para denigrarlo- a un ex alumno de los jesuitas que llegó a mediados del curso. “Sabía más fechas históricas, citas literales y fórmulas que refranes Sancho Panza”, y conocía admirablemente el latín. “Le habían enseñado al pobre muchacho cuanto se puede aprender, menos a pensar”. Cierta día comprobaron que, de todo lo que hablaban los estudiantes, informaba puntualmente a los celadores: un “innoble oficio de comisario de policía”. Finalmente, narra, “pedimos en masa su expulsión, la que fue ejecutada con todos los honores que merecía”²⁸.

Groussac fue también, brevemente, alumno de la Escuela de Bellas Artes de Toulouse, “el mayor semillero plástico de Francia”: acudía allí con algunos otros estudiantes del Liceo para familiarizarse con el dibujo, materia que formaba parte del examen de admisión de la Escuela Naval, así como de la Politécnica.

Se detiene en el repaso de aquellos días de cartulina, lápices y carbonillas. “Me ruborizo recordando que tuvo el premio, en primer año, uno que no sabría hoy perfilar una nariz”, dice sobre su persona. “Estaban allí Benjamín Constant, Rixens, Destrés, Marqueste y muchos otros. Jean-Paul Laurens y Cot eran algo anteriores. Mercié, algo mayor que nosotros, iba a tomar el camino de París, con su Gran Premio y su pensión...”²⁹.

Vale la pena detenerse un instante para calibrar quiénes fueron algunos de estos condiscípulos que menta Groussac. No es ocioso recordar que Juan Benjamín Constant -tres años mayor que nuestro personaje- fue un cotizado pintor cuyos temas marroquíes, así como los históricos y mitológicos, le dieron enorme fama en Europa a fines de siglo. Por su lado, Juan Andrés

²⁷ Groussac, *Souvenir...*, cit.

²⁸ Groussac, *Los jesuitas...*, cit., p. 77-79.

²⁹ Groussac, *El viaje intelectual. Impresiones de naturaleza y arte. Primera Serie*, Madrid, 1904, p. 299-300.

Rixens -de la misma edad de Constant- fue otro afamado pintor, que ganó en 1899 la Medalla de Oro de la Exposición Universal. Y Lorenzo Marqueste, delicado escultor, de la misma edad y tolosano como Groussac, fue alumno de Falguière y de Jouffroy, y se conservan bellísimos mármoles suyos en los museos del Luxemburgo y de Copenhague. El joven bachiller de Toulouse trató, así, a verdaderos creadores, en esa etapa. En esa grata compañía fue terminando la dorada vida de colegio, en cuyo transcurso, además de los obligados textos de estudio, Groussac había “devorado ...la provisión romancesca de uno o dos gabinetes de lectura”³⁰.

Sobre esa soñadora adolescencia, reinaba Victor Hugo como “el genio iniciador y el dios” sin discusiones³¹.

Hay que convenir en que, hasta aquí, las referencias sobre los años primeros de Groussac son desusadamente abundantes, hasta el detalle. No ocurre lo mismo con las que siguen a esta etapa. En la *Notice biographique* nos informa que luego del tramo que fuimos revisando -conjunto que califica de “estudios clásicos, más bien irregulares e incompletos”- cumplió “con éxito las pruebas, bastante rigurosas, del concurso de admisión a la Escuela Naval de Brest”.

Pero sucedería que “no entró a la escuela, disgustado de antemano con la severidad de una carrera que no había entrevisto sino al través de su romancesca imaginación”³². A algo de eso se alude en *Pierrot tragique*, un “cuento de Carnaval” que publicó en “Le Courrier Français”. El protagonista es Jacques L., un joven marino bretón. “Fue en Brest que nos habíamos conocido, en el *Borda* (nombre que los alumnos daban a la Escuela Naval)”, dice el narrador, para agregar a renglón seguido: “...yo abandonaré la carrera, disgustado por el viaje de aplicación”³³.

Sobre lo que vino inmediatamente después, Groussac dará dos versiones. La *Notice* (1924) dice que, “arrastrado por su humor aventurero, obtuvo de su padre... el permiso de

³⁰ Ibídem, p. 176.

³¹ Groussac, *El viaje... Segunda Serie*, cit., p. 110.

³² Páez de la Torre, *Una autobiografía...*, cit.

³³ Paul Groussac, *Conte de Carnaval. Pierrot tragique*, en: LCF, Bs. As., 25 y 26/II/1895, recorte en álbum *Paul Groussac. Le Courrier Français. Littérature*, f. 122-125, en: AGN, AG, Leg. 9. Traducción mía.

emprender un viaje alrededor del mundo, que no debía sobrepasar América”. Viaje que, en su primera etapa, en París, “debilitó tan seriamente su modesto peculio..., que no queriendo regresar al hogar en tan lamentable postura, prefirió dirigirse a Burdeos y destinar su último dinero a pagar un pasaje de segunda clase en el primer barco que saliese, para cualquier parte. Este resultó ser el velero *Anita*, con destino a Buenos Aires”³⁴.

Treinta años atrás, en “*Le Courrier Français*”, había dicho otra cosa, como bien lo hizo notar Juan Canter, agudo estudioso de la vida de Groussac. “Mis estudios terminados, mi familia creyó conveniente hacerme volcar los humores, para lo cual me dio permiso y los medios para efectuar un viaje a Las Antillas. En Burdeos cambié de parecer; una embarcación partía para el Plata y decidí en ella embarcarme. Esta desobediencia a lo Robinson decidió mi vida. Hace tiempo que ella me fue perdonada, pero yo jamás me la he perdonado; estaba hecho para permanecer en Francia”³⁵.

Ha advertido Canter que acaso el viaje no fuera tan atropelladamente resuelto como Groussac quiere contarlo. En uno de sus escritos, consta que, al llegar a Buenos Aires, era “portador de una carta donde el venerable filósofo Gatién-Arnoult, antiguo alcalde de Toulouse y profesor de la Facultad de Letras, me recomendaba a su ex colega universitario, Amadeo Jacques”³⁶. Es decir que hubo tiempo para buscar recomendaciones.

Sea como fuere, está claro que en febrero de 1866, justo cuando cumplía 18 años, Paul Groussac desembarcaba en Buenos Aires. Muchos años después, mientras trataba de dormir en una casa de la montaña tucumana, la furia del viento que sacudía árboles y ventanas lo retrotraía a ese viaje: “me acuerdo de las noches a bordo, cuando una ola monstruosa se venía a estrellar

³⁴ Páez de la Torre, *Una autobiografía...*, cit.

³⁵ Paul Groussac, *Un français à l'étranger*, LCF, Bs. As., 27 y 28/VIII/1894, recorte en álbum *Paul Groussac. Le Courrier Français. Littérature...*, cit. f. 9-11. La traducción de Canter, que transcribo, en: *El señor Juan Canter ocupó ayer la tribuna...*, en: “*La Prensa*”, Bs. As., 15/VII/1933.

³⁶ Paul Groussac, *Amadée Jacques*, “*Le Courrier de la Plata*”, Bs. As., 10/II/1918, recorte en álbum “Nº 4”, f. 95-97, en: AGN, AG, Leg. 7; *El señor Canter...*, cit.

contra la pared de madera de mi camarote, con el sordo estruendo de una descarga de artillería”³⁷.

No se necesita demasiada imaginación para conjeturar lo alarmante de las sensaciones que rodearon al joven que, cargando su maleta, empezó a caminar por las calles de la entonces Gran Aldea argentina en el más absoluto de los desamparos. La recomendación que traía para Jacques era inútil: el ilustre rector del nacional porteño había fallecido ya, el 13 de octubre del año anterior. Fue, diría Groussac, *mon premier coup de chance en Amérique*³⁸.

La *Notice biographique* habla de ese estado de ánimo: “... se encontró de pronto solo, desprovisto de recursos, sin profesión, sin apoyo, sin conocer a nadie en un país del que ignoraba todo, empezando por la lengua, la que en los primeros tiempos le otorgaba casi una profesión de sordomudo”³⁹. Sin duda pensando en esos días describiría a Gerard, el protagonista de la *nouvelle Amparo*, casi con las mismas palabras: “... sin dinero, sin trabajo, sin amigos, en ese país nuevo del que él ignoraba todo, empezando por su lengua”. O en otro personaje de ficción, del cuento *El número 9090*, Daniel de Kergoet, caído en “esta Babel” de Buenos Aires, que “pocos atractivos ofrece a forasteros pobres... caído en país extraño, sin guía ni apoyo, ignorante de la lengua, ajeno a todo oficio...”⁴⁰.

“Padecí mucho”, asegurará. “No sabía más que un poco de matemáticas; incapaz de tener un empleo comercial, tenía la cabeza llena de humos literarios y románticos. En fin, era demasiado tímido y demasiado orgulloso para buscar vivir en la ciudad”⁴¹. Debió soportar, entonces, “horas sombrías, de las que no se olvidan y no se perdonan”. No le sirvieron -diría mucho después, en el balance- para fortalecer su carácter, por lo excesivas y prolongadas: en realidad, su temperamento “sombrió

³⁷ Paul Groussac, *Un paseo a San Javier*, 23/VII/1872, en: Arsenio Granillo, Provincia de Tucumán, por... Serie de artículos descriptivos y noticiosos. Mandados a publicar por SE el Señor Gobernador D. Federico Helguera (1872), Tucumán, 1947, p. 180.

³⁸ Id. nota 36.

³⁹ Páez de la Torre, *Una autobiografía...*, cit.

⁴⁰ Paul Groussac, *Amparo* (1909), City Bell, Buenos Aires, 1882, p. 33; *Relatos...*, cit., p. 29.

⁴¹ Groussac, *Un français...*, cit.

y orgulloso”, hizo doble el dolor de ese forzado aprendizaje de la vida. El consideró que marcaría con un toque de amargura, para siempre, su carácter.

Conversó sobre sus perspectivas con el cónsul francés. Este le preguntó qué sabía hacer. *Yo soy bachiller*, dijo Groussac, a lo que el cónsul no pudo menos que contestar, con realismo: *Muy poco y demasiado*⁴².

Lamentaciones aparte, era necesario tener techo y comida. Al ex alumno del Liceo de Toulouse, fiel a los prejuicios del medio burgués de que provenía, le era menos humillante ser peón de campo que empleado de un escritorio. Y al campo partió. Así se iniciaría la temporada que describirá como “una pasantía de ovejero en San Antonio de Areco, entre vascos y paisanos”⁴³. La “pasantía” era en la estancia de Laplacette, por 200 piastras -que equivalían a 20 francos- al mes. “Yo estaba deslumbrado”, narrará. “Se me adelantó todo lo que quería, más en tanto que no deseaba más que un poncho y unas botas... Aprendí a montar a caballo y a hablar en vasco”⁴⁴.

No las pasó mal en Areco. Su tarea, por distinta que fuese a las que hubiera supuesto adecuadas, “lo ennoblecía, puesto que la hacía a caballo”, confiesa en la *Notice*. “Por lo pronto, gracias a su agilidad juvenil y a una salud que se conservó inalterable hasta los 68 años, no sufrió mucho en esa etapa de gaucho en las praderas pampeanas”⁴⁵.

El tramo, además, fue corto. Seis meses según la *Notice*, cuatro según otro de sus testimonios⁴⁶. Una carta del padre lo llamó a “retomar la vida civilizada, sea en Buenos Aires o, lo que era mejor, en su tierra natal”, a tiempo que le enviaba “algo de dinero y recomendaciones”⁴⁷. Groussac escribió a su vez pidiendo permiso para quedarse algún tiempo. Le parecía que adiestrarse en el manejo del castellano dejaría algún saldo útil a un viaje tan largo y accidentado. Además, quería ganarse la vida por sí mismo y terminar la dependencia⁴⁸.

⁴² *El señor Juan Canter...*, cit.

⁴³ Groussac, *Los que pasaban*, 1919, Bs. As., 1972, p. 23.

⁴⁴ Groussac, *Un français...*, cit.

⁴⁵ Páez de la Torre, *Una autobiografía...*, cit.

⁴⁶ Groussac, *Los que pasaban...*, cit., p. 178.

⁴⁷ Groussac, *Un français...*, cit.

⁴⁸ Páez de la Torre, *Una autobiografía...*, cit.

No sabemos si con la anuencia del progenitor, o a pesar de su rezongo, el hecho es que Groussac entró a trabajar “como profesor interno en un colegio privado, muy considerado”. Dictaba matemáticas, lo que más sabía por entonces. Era el Colegio Modelo del Sud⁴⁹, ubicado frente a la vieja Biblioteca nacional, cuyo material Groussac decidió aprovechar concienzudamente, sin sospechar que algún día estaría íntegro a su disposición, como Director.

Hay que detenerse en esta actitud, por su trascendencia posterior. Hasta ese momento Groussac -descontando su rápida inteligencia- no tenía más cultura que la de un colegial: bien aprovechado, eso sí, como que había logrado aprobar el examen para la Escuela Naval. Pero no dejaba de ser apenas un primer estadio, insuficiente para acometer una carrera intelectual que fuera más allá de “profesorados” en algún instituto particular.

Groussac fue perfectamente consciente de eso y, sobre los finales de 1866, tomó una decisión que -como todas las suyas- se asentaría sobre la más indomable voluntad. Puesto que carecía de estudios de humanidades, se propuso encararlos como autodidacta, en esa Biblioteca Nacional que, justamente, se alzaba ante su lugar de trabajo. Así, “la vieja sala de lectura prestó su silencio y su retiro al pobre niño extranjero que aprendía los rudimentos de la lengua”, diría en un discurso. Habría de recordar, de esa época, a “un viejo ciego, todo blanco”, que iba de sala en sala: era el poeta José Mármol, director de la Biblioteca por entonces, y cuyo aire le evocaba de algún modo, a Homero. Lector “asiduo y casi siempre solitario”, Groussac solía sobresaltarse cuando retumbaba la voz del achacoso Mármol, al increpar al ordenanza: “¡Gallego bárbaro, los libros no son ladrillos!”⁵⁰.

No sabemos el diseño de su plan de lecturas, pero sí que empezó a desarrollarlo con absorbente pasión. Estudiaba diariamente, aprovechando cada minuto. En primer lugar, aprendía el idioma. Quería hablar buen castellano y no daba tregua a la gramática de Salvá. Por eso, en el entierro de

⁴⁹ Id. notas 48 y 47; Juan Canter, *Primer regreso de Groussac a Buenos Aires*, en: “La Prensa”, Bs. As., 26/VII/1953.

⁵⁰ Canter, *Primer regreso...*, cit.; Groussac, *Un français...*, cit.; Groussac, *Los que pasaban...*, cit. p. 76 y nota.

Dominguito Sarmiento en La Recoleta, quedó desconcertado ante las ecuaciones de *tu* y *vos*, “licencia criolla” con que Nicolás Avellaneda desgranaba su “breve epicedio, en prosa cantarina como verso”⁵¹.

Al mismo tiempo, se internaba en los textos consagrados de literatura, de historia, de ciencia, de filosofía. Y por los diarios franceses -que llegaban con el atraso de los barcos- estaba al tanto de lo que ocurría en la cultura de la patria lejana. De esa manera iría formando su asombroso bagaje de conocimiento, juicio crítico y buen gusto histórico, científico y literario.

Si no estaba en sus cálculos volver a arrear majadas en Areco, enseñar era la mejor posibilidad para un extranjero instruido. Después de los sangrientos Caseros, Cepeda y Pavón, los gobiernos argentinos aspiraban a alfabetizar, y el gran problema era a quiénes encargarían esa tarea. Sobraban los alumnos en potencia y faltaban los maestros. Groussac aspiraba a enseñar, pero su potente inteligencia, la convicción de sus condiciones y su orgullo personal le impedían desenvolverse como un incompetente y al tanteo. La circunstancia lo iría inclinando a algo fundamental en toda vida, que es el descubrimiento de la verdadera vocación, incomparablemente nítida y fuerte cuando aparece tras duro sacrificio.

Mientras tanto, reía la vida en ese Buenos Aires de 1867. Groussac lo evocará muchos años después, en *Le Courrier Français*, en un delicioso artículo. Gracias a la “feliz plasticidad de la juventud” y a su “memoria de daguerrotipo”, el joven francés absorbía a bocanadas las mil impresiones de un medio que se le aparecía como “extraordinariamente pintoresco”.

“Bajo el peso de una guerra extranjera, complicada por diez revoluciones en el interior, el pueblo se divertía como un niño despreocupado y robusto. Las necesidades eran simples y el bienestar reinaba en todas partes” de una ciudad que “no había perdido todavía su personalidad”. Los trenes no iban más lejos de Mercedes, de Chascomús, del Tigre, y todavía “las pesadas diligencias surcaban el territorio por las viejas rutas coloniales, bajo la obsesión de los indios en el horizonte”. Se tardaba una

⁵¹ Groussac, *Los que pasaban...*, cit., p. 179 y nota.

hora para ir desde la Recova de la Victoria hasta la plaza Once en transporte público. Retiro era el paseo de moda: por allí caminaban las beldades el domingo, después de misa. Por la noche, tras la comida en familia, volaban “a Colón” a ver a Briol en *Crispino e la cumare*. O al Teatro de la Victoria, a admirar a García Delgado y Rita Carbajo en *Juan Tenorio*; al Franco-Argentino, para aplaudir a Mackay en *Sullivan*; o a La Victoria, donde debutaba Cubas. O a ese prestidigitador Hermann, que fue “la locura de la estación”: tanto, que Urquiza lo invitó a San José para su feria anual. Bellos tiempos en que Nicolás Avellaneda, ministro de Alsina, deslizaba su estilo hasta en los mensajes oficiales; Estanislao del Campo bocetaba su *Fausto* en la secretaría de la Legislatura; Pedro Goyena, todavía estudiante y ya renombrado, componía sus rimas a *La Blanca Luna*; Ricardo Gutiérrez *byronizaba*, y Aristóbulo del Valle “lloraba sus elegías en prosa en La Tribuna”, mientras Leandro Alem “sollozaba en versos pedregosos”. Todo contribuía a estimular a Groussac en aquel Buenos Aires. Le parecía que junto a las “notas ingenuas” reveladoras de un orden social en formación, se percibía un “gusto ardiente de la elocuencia, el bello estilo, el amor al estudio y el instinto de los nobles derechos de la inteligencia”. Así, no era el sable de Mitre lo que se admiraba, sino “su palabra abundante y pomposa, su vasto saber, la sonoridad sentenciosa de sus artículos y sus discursos. Mientras los gauchos reclutados por Urquiza o Taboada creían asegurar la presidencia con golpes de mano provincianos, el nombre de Sarmiento, el escritor genial y el pedagogo dudoso, se iba a llevar todo; después de él, sería el pensador y estilista Avellaneda: siempre la civilización imponiéndose a la barbarie”⁵².

Pero nada es perfecto en la vida y, a poco andar, el Colegio Modelo del Sud empezó a mostrar los dientes al bisoño profesor Groussac. Las “tristes impresiones” de aquella primera época porteña que estaba aprendiendo a olvidar, “retornaron agravadas y aun más deprimentes, al tener que dar clases a niños indisciplinados y soportar las observaciones del advenedizo, ignorante y vulgar que era su superior; éstas se hicieron tan

⁵² Paul Groussac, *Vers le passé*, en: LCF, 16-VIII-1895.

insoportables, que en vísperas de los exámenes de fin de año plantó su ganapán y se alojó en el modesto hotel vecino, sin preocuparse de sus ulteriores medios de subsistencia”, informa la autobiográfica *Notice*⁵³.

Es una suerte, para quien escribe sobre Groussac, la frecuencia con que aligeran su biografía episodios románticos. Uno de ellos ocurre el día después de dar el portazo en el Colegio Modelo. Fue, según la *Notice*, algo de “una importancia decisiva para su formación intelectual y moral”. Por eso lo consignó, “a riesgo de pasar por un novelista en busca de melodrama”.

Cuando se dirigía a su casa, a pocos metros pasó junto a un puesto de flores, donde una fina señorita dirigía, entre risas y bromas, la confección del ramo que había comprado. Era una “radiante mañana de octubre”. Groussac clavó sus ojos embelesados en la niña, “más fresca que sus rosas” y ella devolvió fugazmente la mirada, antes de pagar las flores y partir. Llevándola en el pensamiento, el joven entró en su habitación. Rato más tarde, se presentaban allí tres hermanos, de entre 10 y 15 años, que habían sido sus alumnos hasta la víspera. El mayor le explicó que su familia debía instalarse a una media docena de leguas de Buenos Aires, y que el padre andaba buscándoles un preceptor: se les había ocurrido que a Groussac podía interesarle el puesto, y venían a ofrecérselo.

La cita con el padre se arregló para la mañana siguiente. Groussac estaba caviloso. Había conseguido unas suplencias en el Colegio Nacional y no acababa de convencerlo la perspectiva que se le abría. Conversó con el padre de los chicos (un “quincuagenario de aspecto altivo y voz dura”), quien le ofreció una retribución de 50 pesos mensuales, “vida de familia en el campo” y licencia dos veces por semana. Antes de responder, pidió permiso para conocer la casa. Tomó “el tren en la estación del Oeste y después de 45 minutos descendía en la estación de M. Donde lo esperaba un break”. La inicial “M” acaso corresponda a Morón: esta localidad es insistente escenario de algunos episodios de la vida de Groussac en la época. Por ejemplo, es en Morón donde conoce de vista, en el verano de 1868, a Napoleón Uriburu, en la quinta de Marcelino Ugarte⁵⁴.

⁵³ Páez de la Torre, *Una autobiografía...cit.*

⁵⁴ Groussac, *Los que pasaban... cit.* p. 143.

Es en la plaza de Morón donde, en 1869, traba conversación con el anciano ex gobernador Valentín Alsina, en un banco de la plaza⁵⁵. Y es yendo a Morón, donde era, dice, huésped en casa de “una familia amiga”, que conoce en el tren (verano de 1870), a Pedro Goyena⁵⁶.

Llegó a la casa. Lo recibieron la esposa del francés - prematuramente envejecida y ya con la dolencia cardíaca que habría de matarla- y sus tres hijos. “Decía con voz atrayente, un poco velada, cosas justas, pero simples, que parecían admirables”. Contó a Groussac que era hija de un oficial de Napoleón trasladado a la Argentina y muerto aquí en una escaramuza de la Guerra de la Independencia. Tanta impresión le causó esta señora, que quince años más tarde, en París, hablaría de ella frente al cónsul francés en Buenos Aires: éste, con los ojos húmedos, la recordó como “un ángel”.

Pero lo que jamás hubiese soñado vino después. Apareció en el lugar una joven, a quien la señora presentó como “mi hija Julia”. Era la que había visto y admirado en el puesto de flores. Groussac no necesitó más para aceptar de inmediato el puesto.

En la *Notice*, no trepida en asignar a los tres años (1867-70) que vivió con esta familia, una extremada trascendencia, al punto de llamarlos “los más importantes” de su vida, desde “el doble punto de vista de su desarrollo intelectual y de su formación social”. Fue la época en que estudió frenéticamente en los libros -principalmente franceses- ya no de la Biblioteca Nacional, sino de la del Colegio Nacional de Buenos Aires. El empleado le permitía sacarlos y llevárselos al campo, porque los devolvía escrupulosamente. Su acopio cultural crecía en forma notoria, en un ambiente donde todo le resultaba cómodo y agradable. El dueño de casa iba solamente los fines de semana, la exquisita señora lo trataba como a un hijo y, por supuesto, se sentía enamorado de Julia. Sin esperanzas, porque ella estaba prometida y a punto de casarse. La actitud de Julia hacia Groussac era despereja, “pasando de un desdén orgulloso y mudo a un abandono familiar y encantador que duraba poco y

⁵⁵ Paul Groussac, *Historia de la Biblioteca Nacional*, 1893, Buenos Aires, 1967, p. XXV.

⁵⁶ Groussac, *Los que pasaban...*cit. p.61.

hacia aun más penoso el contraste”, dice la *Notice*. Añade que todo eso no escapaba a la madre y que él mismo “tuvo más tarde la revelación, que lo conmovió”. Esta enigmática frase cierra la parte sentimental de esa fuente, no sin anotar que “estos conflictos sentimentales no coinciden con el carácter de una nota biográfica, y quizás las líneas precedentes han sido demasiado indiscretas”⁵⁷. Pero no lo suficiente para borrarlas, claro está. Durante la epidemia de cólera de 1868, había crecido en alto grado el afecto de la familia hacia Groussac. Se fortaleció sobre todo cuando uno de los chicos enfermó de cólera y, mientras los sirvientes huían, el joven preceptor montó a caballo y partió al galope a conseguir el remedio recetado por el médico de cabecera, doctor Duchesnois⁵⁸. Según la *Notice*, su familia adoptiva -no sabemos si Julia incluida- terminó viajando a Francia, donde se hallaban cuando la guerra de 1870.

Acaso esta Julia cuyo apellido no sabemos, es el mismo “adorado tormento” protagonista del episodio amoroso autobiográfico que inserta en el capítulo sobre José Manuel Estrada en *Los que pasaban*. Y si lo relacionamos con otros romances desdichados en sus obras de ficción -por ejemplo, las novelas *Fruto vedado* y *Amparo*, el cuento *El número 9090* o la pieza de teatro *La Monja*- hay demasiadas cosas que coinciden y se repiten. Nos muestran, creo que más allá de dudas, que cuando llegaba a los veinte años, trastornó la vida de Groussac cierto amor prohibido, con una mujer hija de compatriota y casada -o a punto de hacerlo- sin amor. Es un tramo que a pesar de ser tan íntimo, el maestro no se resignó a dejar completamente en secreto. No pudo resistir contarlo, aunque velado. En el prólogo a *Los que pasaban* explica que lo hizo porque “quizá, allá, muy lejos en el pasado, había una memoria para quien esa suprema y tardía evocación ha sido como un puñado de flores sobre una tumba”⁵⁹. Sin duda se decía a sí mismo, como uno de sus personajes, que “esos amores de lance prohibido, siempre idénticos, son los mojones triviales de nuestra juventud”⁶⁰.

⁵⁷ Páez de la Torre, *Una autobiografía...* cit.

⁵⁸ *El señor Juan Canter...*, cit.

⁵⁹ Groussac, *Los que pasaban...*, cit., prefacio, p.12

⁶⁰ Groussac, *Relatos...*, cit., p. 396.

Dejamos ya las cosas del corazón. 1870 es en extremo importante en la vida de Paul Groussac. Es el año de la Guerra Francoprusiana: a pesar de que su padre lo había eximido del servicio militar un año antes, proveyendo un reemplazante, como requería la ley, igual el joven quiso volver a cumplir lo que entendía su obligación y tomó pasaje en el vapor "Gironde". Pero en la legación terminaron por convencerlo de que se quedara, ya que las noticias -que llegaban con un mes de atraso-, luego de Sedán y la caída del Imperio, indicaban una paz inminente. Siguió, así, con las dos clases de Matemáticas que había obtenido en febrero en el Colegio Nacional de Buenos Aires: eran reemplazos del profesor titular, por entonces de viaje. Eso lo introdujo en la institución educativa de mayor prestigio en la ciudad, donde todavía perduraba el recuerdo de Amadeo Jacques. Había sucedido a éste, en el rectorado, Alfredo Cosson, "hombre de mundo, viudo consolado de su matrimonio extinguido en París y ex buen-mozo inconsolable, que lucía aun a los cincuenta bien sonados años, robusta y gallarda apostura"⁶¹. Ni qué decir que la común nacionalidad estableció gratas relaciones entre Groussac y su rector. Y lo mismo ocurría con sus alumnos, dada la escasa diferencia de edad. Sin problemas de disciplina en la clase, fuera de ella se trataban como amigos. Con algunos discípulos frecuentó el teatro y de otros fue huésped en el campo. "Pasando algunos días de vacaciones en la estancia de Gorostiaga, cerca de Chivilcoy, con dos hermanos de la dueña de casa, nos tocó ver morir a Desiderio Machado, en cuya cabecera nos turnábamos, condiscípulos y maestro, hasta el último momento", evocaría muchos años más tarde, agregando que "a varios de esos 'chiquillos' que hoy peinan canas, he seguido en la vida, y cuatro o cinco de ellos son amigos míos"⁶².

Y bien, en ese momento empieza el proceso por el cual Paul Groussac sale de la penumbra, lo que va marcando el término de mi disertación, ceñida, advertí, a las primeras dos décadas de la vida del maestro. Conocemos por su inimitable narración en *Los que pasaban*, lo que vino inmediatamente. Que hizo amistad con José Manuel Estrada primero y con Pedro Goyena después. Que un día mostró a Goyena uno de sus

⁶¹ Groussac, *Los que pasaban...cit.*, p. 24, 27.

⁶² *Ibidem*, p.26.

ensayos, obviamente redactado en francés. Que fue por insistencia de Goyena que se animó a traducirlo al castellano, y que su amigo se lo publicó en el número del 15 de enero de 1871 de *La Revista Argentina*. Fue su *debut* en nuestras letras, y de varias maneras vino a influir decisivamente en la vida de Groussac. Porque el ministro Nicolás Avellaneda quiso conocerlo gracias a ese artículo, y en la entrevista de presentación le ofrecería una cátedra en el Colegio Nacional de Tucumán, que Groussac terminó aceptando. Y bien conocemos que eso, con sus variaciones -el cargo de Comisionado Nacional de Enseñanza en el Norte primero y luego la dirección de la Escuela Normal tucumana- lo arraigaron definitivamente en esta Argentina, que hoy evoca el siglo y medio de su nacimiento.